

Reagan o la nostalgia del imperio

BERNARD LESTIENNE

LA CITA FALLIDA

Hace poco, cuatro años, América del Norte todavía aturdida por el desastre de la guerra de Vietnam y ofuscada por el escándalo de Watergate escogía a Carter para llevar a buen puerto la obra de restauración nacional y devolver al país su dignidad moral y su prestigio internacional. La cita resultó fallida. En Noviembre de 1980 el rechazo fue evidente, la desautorización total. Durante la campaña presidencial, Carter no tenía más que su sinceridad y su buena voluntad para luchar contra su rival tan combativo y seguro de sí mismo. El electorado ha sancionado una doble incapacidad evidente: la de restablecer el liderazgo mundial continuamente mermado y la de levantar la economía nacional notablemente enferma. La inflación en efecto ha alcanzado a todos los hogares sin que aparezcan señales de un probable mejoramiento, de manera que los americanos han tenido que apretarse el cinturón. El asunto de los rehenes de Teherán ha herido el orgullo nacional y la invasión de Afganistán se ha sentido como un debilitamiento del poder político exterior.

Poco a poco la imagen de indecisión e ineficacia que representaba Carter ha minado la confianza de los grupos regionales y sociales que en el seno de la coalición demócrata (el mundo del trabajo, las minorías y el Sur) lo habían elegido. A medida que el mandato ha acabado tan tristemente, ha crecido en la opinión pública el sentimiento de que el poder estaba vacío, demasiado fluctuante para conducir las evoluciones necesarias, demasiado dudoso para prevenir los acontecimientos y hacerles frente. Carter ha aparecido cada vez más solo, anonadado por su cargo.

Será sin embargo una falta de visión y de análisis reducir el profundo malestar que inquieta a los norteamericanos a las debilidades de un presidente en el arte de gobernar, y pensar que basta reemplazar al huésped de la Casa Blanca para reabsorber en poco tiempo el marasmo de la economía de los EE.UU. y la disminución de su influencia; las tensiones se han acrecentado en los últimos años; el Presidente Carter no ha sido el hombre de la situación. ¿Lo hará Rea-

gan mejor? Más allá de las personalidades persisten las mismas presiones y límites. Desde hace 10 largos años el poder económico y político americano está seriamente afectado. Ya no es tan fácil ejercer la hegemonía habitual, representar el papel de "gendarmes del mundo". Los aliados occidentales ya no aceptan alinearse unilateralmente con las posiciones de Washington; la competencia económica, en especial la de Japón y Europa, se hace cada año más feroz; en el Tercer Mundo emergen nuevos países industriales. Desde la derrota de Vietnam, los Estados Unidos dudan de haber guardado el sentido de la historia. El desorden y la inquietud acompañan a esta crisis de identidad nacional. La nostalgia del prestigio de antaño, la tentación del repliegue, ganan terreno. En la reciente consulta, R. Reagan representaba ante todo el orden, la firmeza, la seguridad. Su amplio éxito traduce una abrumadora victoria de las fuerzas conservadoras. El manifiesto deseo de cambio se orienta más bien al mantenimiento de la supremacía a cualquier precio, y a la defensa de los intereses del país más bien que hacia una redefinición liberal de las relaciones mundiales más favorables a los pueblos del Tercer Mundo. Frente a las amenazas externas, el egoísmo nacional se ha reforzado sensiblemente.

¿En qué medida el nuevo presidente podrá cumplir sus promesas electorales? Felizmente han pasado los tiempos en que la voluntad del gobierno norteamericano daba al mundo la lluvia y el buen tiempo y dictaba la política de los países. El águila imperial ya no vuela tan alto y han surgido espesas nubes que oscurecen el horizonte. En el interior mismo de los EE.UU. el juego político es complejo y los cambios de rumbo no se dan tan fácilmente. La tendencia conservadora hoy triunfante no ignora ni la influencia de la liberal ni la volubilidad del electorado americano. El margen de maniobra de R. Reagan para cambiar rápidamente el curso de los acontecimientos no es tan grande como parece. Y él mismo ¿no ha gobernado además el más grande estado americano, California, mucho más moderadamente que lo que la virulencia de sus propósitos hacía temer?

Con riesgo de esquematizar quisiera presentar un balance de la situación económica e industrial bajo la administración Carter, desarrollar las grandes líneas de su política exterior, indicar algunos rasgos de la tentación derechista y del repliegue conservador, trazar en fin los ejes de la nueva estrategia exterior de Reagan.

EL DESCENSO ECONOMICO

Jimmy Carter se había comprometido a dar la prioridad a los asuntos internos: justicia fiscal, economía y mejoramiento de la suerte de los pobres y las minorías. El balance no ha sido nada convincente. La reforma tributaria ni siquiera ha sido abordada. La recesión es general: desempleo (7.8 por ciento), inflación de dos cifras, el costo del crédito alcanza tasas inquietantes. La balanza de pagos y la de comercio exterior son peligrosamente deficitarias. Los negros más que ninguna otra minoría han sentido los efectos de la desigual distribución de la austeridad. Su nivel de vida ha bajado de nuevo en relación al de los blancos (60 por ciento en 1969, 57 por ciento en 1979). Igualmente se ha profundizado la diferencia entre las condiciones de la mujer y las del hombre (desempleo, salarios). La supresión de los empleos federales y municipales ha afectado sobre todo a la clase media baja. Poco acostumbrados a restringir su nivel de consumo, los americanos han sentido los efectos de la crisis en su estilo de vida cotidiana; y no lo soportan.

El hundimiento de dos pilares tradicionales de la industria (siderurgia y automóviles); en Detroit el desempleo alcanza el 19 por ciento, el cierre en cadena de fábricas, la invasión de productos extranjeros, sobre todo japoneses, no son más que los signos más evidentes de un debilitamiento relativo pero real del potencial industrial americano que ya no es más "la octava maravilla del mundo". Este descenso no es de ayer. Estadísticas y expertos coinciden y sitúan el comienzo de la inflexión (baja de la productividad, de las inversiones y la investigación) al fin de los años sesenta. "Los sectores tradicionales han vivido de rentas, apoyándose en un vasto mercado interior protegido y beneficiándose de las materias primas y de las fuentes de ener-

gía a precios ventajosos", explica un banquero neoyorquino. Los instrumentos de producción han sido insuficientemente renovados y modernizados. Las tasas de mejoramiento de la productividad son bastante menores que las de otros países industrializados; la competitividad se mantiene con dificultad. La automatización no ha sido desarrollada al mismo ritmo que en los principales competidores; las fábricas americanas parecen a veces vetustas, comparadas con los nuevos complejos industriales. La administración Carter ha pagado las consecuencias de la degradación de la situación económica que ha heredado y que a su vez ha acelerado la crisis mundial.

Algunos índices golpean e inquietan al hombre de la calle presto a encontrar responsables y a señalar un chivo expiatorio. Al comienzo de los años sesenta la industria americana controlaba el 96 por ciento del mercado automotor interno y el 20 por ciento de las exportaciones mundiales. Hoy los porcentajes han bajado al 70 por ciento y 14 por ciento. (En 1980 por primera vez Japón se ha convertido en el primer fabricante mundial de automóviles). En el mismo lapso de tiempo la parte de las exportaciones americanas en el comercio mundial ha disminuido del 28 al 13 por ciento en materiales plásticos, del 35 al 11 por ciento en material ferroviario, y del 28 al 17 por ciento en productos farmacéuticos. Muchos otros ejemplos podrían ilustrar todavía este retroceso. Es verdad que hay factores que lo explican: los EE.UU. parten de muy arriba, las multinacionales americanas han contribuido a bajar las exportaciones y nuevos países industriales intervienen en el comercio mundial; la competencia no es sin embargo la misma. Al mismo tiempo la vulnerabilidad y la dependencia se han acrecentado en especial para asegurar las fuentes de energía y de materias primas. Así por ejemplo hace 10 años la importación diaria de petróleo se eleva a 3.5 millones de barriles a 2 US\$ cada uno y representaba el 25 por ciento del consumo; hoy se eleva a 8.5 millones de barriles pagados 16 veces más caros y representando el 50 por ciento del consumo nacional.

POLITICA EXTERIOR O LA DESILUSION DE LA VIRTUD

Al exterior las presiones y los acontecimientos internacionales iban a obligar a Carter a preocuparse más de lo que él suponía de los asuntos extranjeros, terreno para el cual estaba poco preparado. Tras las pruebas y los crímenes



de Vietnam, el nuevo presidente intentó centrar sus esfuerzos en aportar al mundo un mensaje positivo; teñido de un moralismo característico de la política americana, el discurso de los derechos humanos se distinguía radicalmente de la fría y a menudo cínica "realpolitik" de Henry Kissinger. Los desaciertos, las contradicciones y los cambios de rumbo (que a los ojos de la opinión americana e internacional dejaban una impresión de altibajos, imprecisión e imprevisibilidad) han oscilado con una cierta eficacia y racionalidad.

Así por ejemplo en A. L. los resultados son contrastantes. El desacuerdo caracteriza las relaciones con México, aliado esencial sin embargo, y los lazos se han enfriado ostensiblemente. El apoyo prolongado a Somoza, y más tarde la búsqueda de una tercera vía, no han impedido la revolución sandinista en Nicaragua; al menos se evitó la intervención militar directa en Managua, y se instauraron con el nuevo régimen relaciones prudentes. En Guatemala y en El Salvador la misma búsqueda de una tercera vía imposible ha conducido a los peores compromisos y al apoyo de dictaduras criminales. El cambio de tono con Cuba no ha conseguido restablecer el contacto. Las generosas declaraciones de intención no han bastado para invertir y ni siquiera reformar las dictaduras de América Latina; al contrario, éstas descontentas e inquietas buscaron un nuevo apoyo económico en dirección de Europa, y hasta de la URSS. Sin embargo el cambio de Kissinger a Vance ha estimulado una cierta liberalización en Brasil y ha hecho suspender la ayuda militar a Chi-

le. La ratificación del tratado del Canal de Panamá es un hecho positivo, al precio de un vigoroso combate contra una sólida oposición de la derecha dirigida por R. Reagan. Hay que reconocer que, sin renegar de las intenciones expansionistas la política latinoamericana de Carter ha aparecido mucho más comedida y abierta que la de su predecesor, sin hablar de la que proponía su rival, hoy elegido, R. Reagan.

En Africa Carter ha sido muy criticado por su pasividad frente a la presencia cubana, germano oriental y soviética en Etiopía y Angola; pero su discreción y moderación han permitido un arreglo pacífico del problema de Rodesia. Todavía aquí ha aparecido como dividido, sin saber animar ni dirigir su equipo de consejeros. Las divergencias entre Andrew Young y Zbigniew Brzezinski (más favorable a una resistencia activa), así como las de éste último con Cyrus Vance quizás no sean más que el reflejo de los conflictos y dudas internas del Presidente.

La paz egipcio-israelí y los acuerdos de Camp David, imposibles sin la iniciativa y la buena voluntad de las dos partes, en especial del Presidente Sadat, han asegurado en el interior una victoria incontestable a Carter. Pero la ausencia de un arreglo global y el no tomar en consideración el problema palestino subrayan los terribles límites de esta paz, más útil a los intereses americanos que a los de conjunto de pueblos de la región.

Los dos fracasos principales, que han marcado profundamente la elección reciente, fueron sin duda los aconteci-

mientos de Irán y Afganistán. ¿Quién puede defender las oscilaciones y demoras según evolucionaban las situaciones? El apoyo desmesurado al Shah "amigo de los derechos humanos" (cuando los derechos humanos se han reducido a los derechos de los EE.UU.), los silencios embarazosos frente al nuevo "déspota visionario" de Teherán, el Ayatolá Khomeini, el fracaso de la expedición para liberar los rehenes, fueron algunos episodios dramáticos y burlescos a la vez. La ineficacia evidente de las sanciones recibidas, la resistencia de los aliados a aplicarlas, han acentuado el evidente descónocimiento. La invasión de Afganistán habría sido demasiado arriesgada para la URSS si los EE.UU. hubiesen reaccionado desde 1978 según la evolución del país, anticipando los acontecimientos y manifestando además firmeza por adelantado.

Este resumen en algunas líneas de la política exterior de Carter deja percibir las peripecias y los zig-zags de una política oscilante. La voluntad inicial de promover en todos los sentidos los derechos humanos a menudo no ha resistido a los intereses y objetivos económicos y militares. La intención de reducir los gastos de armamento no sólo ha quedado al nivel de deseo piadoso sino que se ha transformado en un acrecentamiento notable del poder militar. Un excelente observador de la escena americana señalaba: "este Presidente está totalmente en la línea tradicional de la política extranjera americana"; teñido de moralismo, el eje principal ha seguido siendo en efecto el anticomunismo. ¿Cómo podía ser de otro modo? Pero

tanto titubeo y tanta duda turban la opinión pública que rápidamente ha concluído que está en descenso el liderazgo mundial y recuerda con nostalgia el estilo fuerte de otros tiempos. "La magia de Kissinger, señala un comentarista, consistía en transfigurar las derrotas en victorias; la maldición de Carter consiste en asemejar aun las victorias a derrotas". La buena voluntad no ha reemplazado jamás a una firme estrategia; el pragmatismo no define una política.

CONSERVADURISMO CRECIENTE

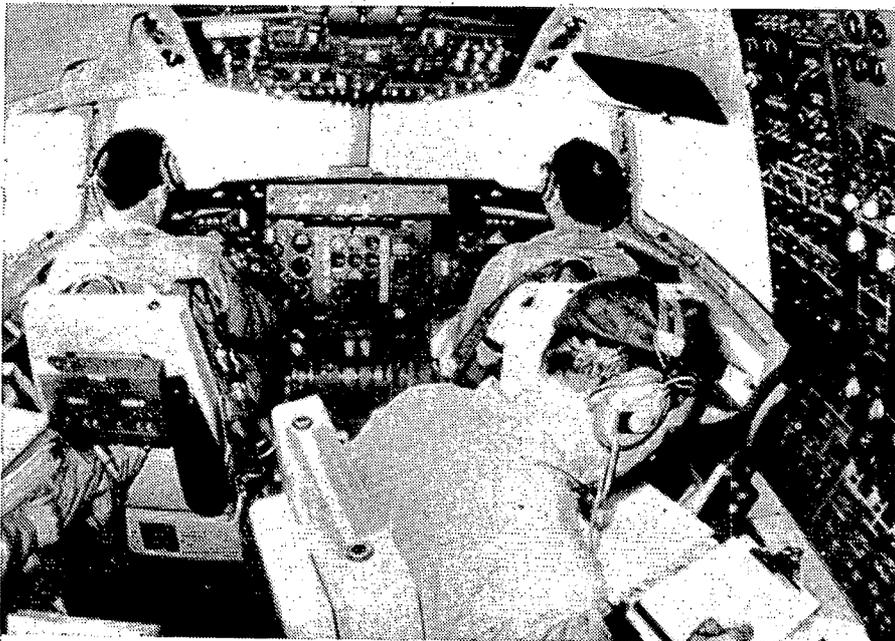
Los analistas y comentaristas concuerdan en reconocer que en las últimas elecciones la opinión pública se ha caracterizado por un creciente conservadurismo. Una poderosa corriente conservadora, que dispone evidentemente de recursos inagotables, ha apoyado la candidatura Reagan y la ha llevado al poder. Se trata de un vasto fenómeno cuyos componentes se superponen o se confunden. La distinción que sigue es sobre todo explicativa. En el centro una importante renovación fundamentalista (los que creen en una interpretación literal de la Biblia) animada por miles de pastores, toca más o menos directamente a varias decenas de millones de americanos que según los sondeos serían evangélicos. Este movimiento defiende posturas conservadoras: "reforzamiento del potencial militar, disminución de los controles federales sobre la educación, oposición a la enmienda sobre los derechos iguales para las mujeres, al aborto, contra los homosexuales y la pornogra-

fía". Se opone al tratado sobre el Canal de Panamá, al reconocimiento de la China popular, al porte de armas, a la ayuda a Zimbabwe (Rodesia independiente) y se pronuncia a favor de una política pro-israelita y antiárabe; su anticomunismo es visceral y enfermizo ya que acusa a Carter de "un evidente compromiso con el comunismo".

La "nueva derecha", entre la cual Reagan ha escogido a varios consejeros y hombres de confianza, constituye el brazo secular de la renovación fundamentalista. Nacida hacia 1974-75, en reacción a la permisividad y a los excesos de los años sesenta, que provocaron "el desgarramiento de la familia" percibida siempre como fundamento de la sociedad americana, la nueva derecha es favorable a un reagrupamiento nacional fundado sobre "valores morales" (tema muy querido al mismo Reagan). Populista y sensible a los problemas sociales, atrae hacia ella a un amplio sector de la clase media, que se queja más bien de la pérdida de los "valores materiales" y de las nuevas dificultades para equilibrar el presupuesto familiar.

En fin, la derecha clásica, pragmática, la de los hombres de negocios y numerosos beneficiarios del sistema liberal, no ha temido frente a las crecientes dificultades jugar sin reserva la carta Reagan. En 18 meses las empresas industriales y comerciales han recogido más de 50 millones de dólares para apoyar a este último, mientras que los sindicatos apenas llegaban a recoger 18 para el candidato Carter. Los intereses de estos grupos no se corresponden más que en parte; las concepciones sobre la función del Estado divergen. Pero "todos sueñan en un pasado abolido, en una América mítica, inocente y fuerte... estiman que la intervención gubernamental es nefasta y la libre empresa la clave de la dicha y del éxito. Son visceralmente anticomunistas... y su individualismo les empuja a creer que los rechazados y las minorías son fundamentalmente responsables de la suerte que les ha cabido en los EE.UU."

En la persona de R. Reagan, profundamente conservador, la derecha ha encontrado un líder, y este elegido no podrá olvidar a quienes lo apoyan. Representante del ala derecha de su partido, Reagan continúa creyendo, dice él, que la guerra de Vietnam era "una noble causa"; en tiempo de las gestiones de Nixon, no quería el reconocimiento de China popular. Declara que la doctrina del evolucionismo es falsa y se pronuncia contra la igualdad de derechos entre



hombres y mujeres. Su anticomunismo es combativo, apoyado por simpatías pro-militaristas manifiestas. Su programa de "los 100 primeros días" no deja de inquietar por sus aspectos conservadores y hasta reaccionarios. Júzguese: "congelación de los empleos federales por decreto; envío al Congreso de un programa legislativo para reducir en un 30 por ciento en tres años el impuesto sobre la renta, a suprimir los impuestos sobre la propiedad y a reducir la presión fiscal sobre los negocios; puesta en estudio de un bombardero del tipo B-1; despliegue de la bomba de neutrones en Europa; demanda de un aumento para la defensa en el presupuesto previsto por el Presidente Carter. Desmantelamiento de los Ministerios de Energía y Educación instituidos por Carter; propuesta de legislación para transferir a los Estados los gastos en ayuda social asegurados por el gobierno federal, etc.". Felizmente nos permitimos dudar que tales proyectos, propósitos de la campaña electoral, sean realizables. El margen de maniobra no es tan grande y el Congreso y la Corte Suprema están vigilantes. Pero no por eso es menos preocupante el estado de ánimo que reflejan.

ESTRATEGIA IMPERIAL

En definitiva, piensan ciertos analistas, la política de un presidente depende menos de sus declaraciones electorales, de su programa, o de sus realizaciones anteriores que de los hombres de los que se rodea y que le aconsejan. Un buen número de los miembros del equipo de Reagan (ningún negro, una sola mujer!) se sitúan más o menos en el centro del Partido Republicano; pero no es éste el caso de los dos puestos claves del gobierno. David Stockman para el presupuesto y administración, y el general Alexander Haig como Secretariado de Estado (Canciller) son dos figuras netamente de derecha. Las recientes propuestas agresivas y belicosas del general Haig han conmovido e inquietado a la opinión internacional. ¿Se verá resurgir el espectro de la guerra fría y/o una "nueva estrategia imperialista" en todas direcciones, orientada en primer lugar a ahogar todo despertar democrático progresista o revolucionario en el Tercer Mundo que favorecería la autonomía política o económica de los países? El "Center for Strategic and International Studies" (CSIS) de Georgetown es

el molde donde se ha elaborado esta "nueva estrategia imperial"; es también la cuna de donde proceden los nuevos especialistas de la seguridad nacional. La señora Jeanne Kirkpatrick, nuevo embajador de los EE.UU. en la ONU era profesora allí.

El ejemplo de América Latina ilustra cuáles son las orientaciones fundamentales de esta nueva Escuela. Richard Allen, principal consejero de Reagan en materia de Seguridad Nacional ha dado el tono: "la administración Reagan va a actuar rápidamente para hacer desaparecer la impresión según la cual no hay nada que hacer en América Central, y particularmente en Nicaragua, El Salvador y Guatemala frente a los merodeadores de Fidel Castro dirigidos, armados y financiados por la URSS". Y la señora Kirkpatrick añade: "Yo no creo que la victoria de los sandinistas era inevitable ni que los "disturbios" en El Salvador son inevitables. ¿Podrían cesar? Seguro que sí. Podrían ser vencidos. Podrían desaparecer. Los que los fomentan podrían abandonar la Patria". En adelante el objetivo principal en esta región será impedir a Cuba que actúe y de su apoyo a los nuevos focos de insurrección. Grenada que reivindicó su socialismo vivirá días agitados. Nicaragua será el blanco de una desestabilización, técnicamente ya programada, hasta que el régimen sandinista ceda a las órdenes americanas. En El Salvador bastará proseguir y acentuar la política de Carter para ahogar la resistencia popular y confirmar a quienes están en el poder. En cuanto a México, el restablecimiento de buenas relaciones deberá atraerlo aún más hacia el norte y disminuir su interés por sus vecinos del Sur.

Felizmente, a pesar del principio de zonas vedadas que será revitalizado, los determinantes de la política en América Latina, no dependen sólo de los EE.UU. sino también del juego complejo de la política internacional. El nuevo presidente deberá contar con los poderes regionales y las influencias externas que quieren contener y limitar la defensa exclusiva y a cualquier precio de los solos intereses norteamericanos. Más allá de las declaraciones apasionadas del momento, Reagan deberá adaptar su acción al terreno para no enajenarse a demasiados enemigos en el continente y en el mundo.

